



# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS

**SOBRE ANTONIO PEREZ,**

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FE-

LIXE II.

### ARTICULO 6.º (1).

Despertóse la curiosidad pública con el asesinato de Juan de Escovedo. La alta dignidad en que estaba constituido y su fin trágico y misterioso escitaban las sospechas de los cortesanos, espantando la imaginación del vulgo. La familia del muerto procuró averiguar las causas que pudieron preparar crimen semejante; y analizóse punto por punto la vida del secretario de Don Juan, desde que por su comisión última había venido á Madrid. Sin otros negocios que los de su ambición, no parecía que pudiese ser resentimiento de amores la venganza de sus enemigos. Todas las sospechas recayeron entonces sobre Antonio Perez y la princesa: recordáronse los sarcasmos y livianas frases con que había hablado Esco-

vedo de aquellas escandalosas relaciones: contáronse á profusión curiosos lances ocurridos en casa de la favorita, y hablábase públicamente de las amenazas que había murmurado delante de sus damas y escuderos en los arrebatos de su furor. La opinion señaló reos á estos dos personajes del delito cometido: mas su alta posición y el favor del monarca entibiaban el celo de los acusadores.

Pero entretanto la muger é hijos de Juan de Escovedo acudieron al rey á pedir justicia, añadiendo en la demanda que Antonio Perez había sido el autor del asesinato por orden y satisfacción de la princesa de Eboli. Recibió Felipe al hijo mayor del muerto y supo de sus labios lo que hablaba su padre de la familiaridad que unía al Secretario de Estado con la viuda de Ruy Gomez. Nadie se había atrevido hasta entonces á tocar tan delicada cuestión, pero una vez tocada, no admitía reparo ni compostura la brecha abierta á la fortuna de Perez. Todos los cortesanos rivales, todos los envidiosos de su puesto, los poderosos enemigos que había labrado su altivez y su imprudencia

Mayo 16 de 1841.

(1) Véanse los números 9, 10, 11, 12, 13, y 14.



se agruparon en torno de Pedro de Escovedo para sostener su ánimo en la desigual contienda que emprendía. Afectado como quedó el rey al reconocer el infame engaño de que había sido víctima, no aparentó darle valor alguno, proponiéndose averiguar la verdad, sin alarmar con la mas ligera indiscreción la suspicacia del Secretario. Así, contra su primer propósito, dejó correr fácilmente la querella y recibió, aunque sin darles curso, todos los memoriales. Antonio Perez no alcanzaba á comprender semejante conducta: parecíale que si hubiese sabido el monarca sus peligrosas relaciones, un castigo espantoso é inmediato fuera la consecuencia de tan terrible descubrimiento. Suplicaba al rey que pudiese fin á las persecuciones sordas que se multiplicaban á su alrededor, pero sin conseguir otra respuesta que contestaciones evasivas. «Desto me vienen cada día mil pesadumbres (decíale en un billete de 12 de febrero de 1579): y no conviene andar tanto tiempo así estas cosas ni que á my acaben, sino hay algun secreto para que con venga del servicio de V. M. que si para esto conviene, otras formas avrá mejores y á menos costa de V. M. y mia.» Respondíale el rey al margen. «Creed cierto que lo que deseo poder ir ay, es por este negocio... espero que esto no pasará adelante; y entretanto que voy, vos traed enjudo de vos.»

Aguardaba Felipe pruebas de la culpabilidad de su Secretario: á pesar de su conocimiento del mundo, costábale creer tan insensata perfidia; y mientras tanto aquel estado de espectacion alarmaba á la princesa, impacientaba á los acusadores, y asustaba á Antonio Perez que veía en el abandono de los cortesanos anuncios seguros del peligro de su fortuna. Propuso en tal estado al rey una resolucion aventurada. Entregando á justicia la demanda sobre la muerte de Escovedo en lo que á él concernia, y reservando cuanto podia rozarse con la princesa de Eboli, en atencion á intervenir el honor de una señora, se desataba el nudo que tantas y tan diversas emociones excitaba. Por lo demas el resultado no podia ser dudoso: el presunto réo estaba en Alcalá de Henares al tiempo que se cometió el crimen: ninguno de los matadores habia sido aprehendido, y por tanto no tenia la parte contraria género alguno de prueba.—Pero su causa tenia un poderoso protector en la persona de Mathéo Vazquez, antiguo secretario del rey y enemigo implacable de Antonio Perez: solicitando al monarca y no abandonando la acusacion, ofrecia presentar pruebas de la traicion del valido. Mientras mas tiempo pasaba, mas confianza tenian los querellantes; y Felipe, que no entendia precipitar el asunto mientras dudase de la lealtad de su Secretario, man-



dóle dar cuenta del estado del negocio á D. Antonio de Pazos, presidente del consejo de Castilla.

Mucho ganaba Antonio Perez con esta resolucíon, porque el Presidente era su amigo y pudo probarlo en el discurso de sus prisiones. Con la autoridad que le daban su edad y su gerarquía, habló á Pedro de Escovedo, asegurándole en nombre del rey que estaba dispuesto á hacer justicia cumplida sin escepcion de personas, ni de lugar, ni de sexo, ni de estado; pero advirtiéndole que considerase bien la demanda que entablaba, porque si no tenia probanzas bastantes, la ofensa que hacia á tan altas personas pudiera traerle graves y calificadas consecuencias. No alcanzando mas recaudos que sus sospechas sin bases, reflexionó el mozo con temor y dió su palabra por sí, por su hermano, y por su madre de no hablar mas en esta muerte ni contra la una ni contra el otro.—Faltaba asegurarse de Matheo Vazquez cuyo vengativo celo daba impulso á la acusacion y el Presidente en conversacion secreta le aconsejó mas mesura en sus oficios, porque, no teniendo deudo ni obligacion al muerto se hacia muy sospechosa su solicitud. Calmóse con esto temporalmente la irritacion de los ánimos contra el Secretario de Estado: alejábanse un poco la tormenta; y libre de continuas peticiones, podia el mo-

narca observar mas de cerca á su desventurado valido.

Aunque sin suponer al rey inquieto ni preocupado con sus amores, guardaba Antonio Perez mayor circunspeccion en aquellos dias. Eran menos frecuentes sus entradas en casa de la princesa y casi siempre acompañado de alguna persona que no pudiese inducir sospecha por su caracter. Aprovechándose de la tregua pasajera que le dejaba la enemistad de sus contrarios, solicitaba del Soberano el permiso de retirarse de la corte, apartando su persona del choque continuo de la envidia palaciega. No convenia esta resolucíon al rey. Si inocente de la sospecha de traicion, el Secretario debia humillar á sus enemigos con el espectáculo de su sólida privanza: si delincuente y desleal, su crimen no admitia ni blandura ni merced. Asi á cada nueva instancia, á cada dimision nueva, asegurábale Felipe la confianza que tenia en sus servicios y en su amistad. La posicion de Antonio Perez se iba haciendo insostenible: sabia los manejos de sus rivales y envidiosos, no le era dado sin embargo contenerlos con el castigo: conocia que alimentaba el rey algun propósito secreto, y no podia prevenirlo ni penetrarlo.

Por aquel tiempo escribió Felipe II al cardenal de Toledo, Don Gaspar de Quiroga, para que en su nombre pidiese á la princesa de Eboli que seosase al Secretario de



Estado, prometiéndole entrambos mercedes, honores y distinciones en abundancia porque no dejase su servicio. Proponíase con esto juntarlos en secreta conferencia ya que esquivaban las ocasiones de verse como antes se veían, pensando con razon que el disimulo de dos personas que aman no podría resistir á semejante prueba. Cayó Antonio Perez en el lazo, ayudado por la vehemente pasion de la temeraria señora. Parecióles la peticion del rey la demostracion mas concluyente de su ignorancia: y parte por esta consideracion, parte por la ceguedad de los deseos, volvieron á entregarse sin recato á sus peligrosos placeres. Y mientras tanto, buscando la conviccion y preparando su venganza, aguardaba el rey con suma paciencia la ocasion de su justicia.

Enfermo de graves males, ausentóse en aquellos momentos de la corte el marqués de los Velez. Sus servicios, su grandeza, su valor, sus bienes de fortuna le daban influencia entre los cortesanos, y su lealtad le proporcionaba la benevolencia del monarca. Mucho pesó su partida á Antonio Perez porque era de las mas fuertes áncoras que podía guardar para cuando arreciase la tormenta. Debíale favores el marqués, y conocíale bastante para saber que serian pagados con usura. Murió en el camino de sus estados y su muerte fué una verdadera pérdida para su inquieto y amenazado amigo.

Al considerar las enigmáticas palabras del soberano y la frialdad que manifestaba hácia la princesa, tuvo mas de una vez Antonio Perez la ocasion de meditar sobre su vida. Recordaba la altura á que habia llegado su favor y su posicion en la corte: pensaba en el poder que quizás iba á abandonar para siempre, y en la desatentada pasion que le habia hecho reo de crímenes cuya espacion se acercaba. Si tuvo voluntad de cortar aquellas relaciones cuyas cadenas habian de ahogarle al fin, ó no pudo ó no supo verificar sus proyectos. No era posible tampoco abandonar á la princesa: bella, amante y caprichosa, ejercia alta influencia sobre su ánimo: temeraria y altiva, consentía en perderlo todo y en morir antes que sacrificar sus pasiones. Asi, conociendo el riesgo y sin fuerzas para huirlo, el Secretario de Estado se contentaba con dar parte de sus temores á su dama. Y como empezasen de nuevo sus enemigos á dar impulso á la acusacion, y como en lugar de Pedro de Escovedo buscasen otro deudo mas firme, si bien mas lejano, para proseguir la querella, redobló Antonio Perez sus instancias de retirarse, con tal solicitud, con vehemencia tanta, que el rey afirmó mas sus sospechas anteriores.

No se descuidaba Mathéo Vazquez en estender cuanto podía sus observaciones acerca de la princesa. Hacíase ya conversacion pública en



Madrid de sus amorosas relaciones; contábanse los regalos de reposteros y camas de telas de oro que habian recibido y regalado: sabíase que Antonio Perez tenia un aposento en las comedias á donde la llevaba sin otra compañía. Llegaron estos rumores á oídos de la princesa que pagaba con el desprecio mas profundo las hablillas de la corte, oponiendo á la murmuracion el desden, y á las amenazas el orgullo. Pero subió el escándalo al punto de escuchar insultantes observaciones de sus dependientes y palabras de sus criados; y ofendida en su altivez, y aislada en su azarosa posicion, y perdido el afecto del rey, que ni aun la visitaba ya, y decaida del alto rango en que por tantos años se habia visto, resolvió jugar el todo por el todo, arriesgar en un dado su fortuna. Sin pararse en los términos, ni calcular su resultado, escribió una estensa carta al monarca, llena de sentidas quejas, para pedir satisfaccion de los continuos disgustos que recibia.

He aqui su principio.

SEÑOR:

«Por aver mandado Vuestra Magestad al cardenal de Toledo que me hablasse en estas cosas que han pasado de Antonio Perez, para que yo procurasse reducirle, he entendido yo y tratado dello muy differentemente de lo que enten-

«día; pues quedar un hombre innocente despues de muchas persecuciones, sin honrra ni sosiego, «no era cosa que á ello podia estar bien, ni nadie con razon persuadirselo: mas todo lo puede el «servicio de Vuestra Magestad. Bien «se acordará Vuestra Magestad que «le he dicho en algun papel lo que «avia entendido que decian Matheo «Vazquez y los suyos, que perdian «la gracia de Vuestra Magestad los «que entravan en mi casa. Despues «desto he sabido que han pasado «mas adelante, como á decir, que «Antonio Perez mató á Escovedo «por mi respecto, y él tiene tales «obligaciones á mi casa, que cuando yo se lo pidiera estuviera obligado á hacerlo. Y haviendo llegado esta gente á tal y estendiéndose á tanto su atrevimiento y desvergüenza, está Vuestra Magestad como Rey y Cavallero obligado á que «la demostracion desto sea tal que «se sepa y llegue adonde ha llegado lo primero. Y si Vuestra Magestad no lo entendiére assy, y «quisiere aun la autoridad se pierda en esta casa, como la hacienda «de mis abuelos y la gracia tan merecida del Príncipe, y que sean estas las mercedes y recompensas de «sus servicios, con aver dicho yo «esto, me avré descargado con «Vuestra Magestad de la satisfaccion que debo á quien soy.—Y «suplico á Vuestra Magestad me «buelva este papel, pues, lo que he «dicho en el es, como á Cavallero y



«en confianza de tal y en sentimiento de tal ofensa.»

En el discurso de la carta habla tambien de un pleito que mantiene en nombre de sus hijos, y dice quejándose de su estado: «aunque en esto se ha usado de buen gobierno con otros, soy yo tan mohina con Vuestra Magestad y ha tomado de manera el desfavorecerme, que la razon que dá el Presidente es decir que el no hacerse conmigo lo mismo es porque Vuestra Magestad lo quiso assy.»—Pero ni las quejas, ni las amarguras, ni las poco respetuosas exigencias de su antigua favorita hicieron impresion en el ánimo del rey. Resuelto á hacer justicia y á vengar su buena fé engañada, ordenó á Fray Diego de Chaves, su confesor, hablase á la princesa para que declarase los fundamentos de su queja: la altiva dama citó como testigo bastante al soberano que sabia la verdad; pero escuchando mejores consejos, indicó al cardenal Quiroga y al maestro Fray Hernando del Castillo, predicador del rey. Entonces, para quedar libre entre tantas intrigas, para acabar de una vez con los dos bandos que dividian secretamente la corte, resolvió el monarca reconciliar á Matheo Vazquez con la princesa de Eboli, reservándose su accion para en adelante como á sus intentos cumpliese. Encargado tambien de esta negociacion, vió el confesor estrellarse sus esfuerzos en la altivez de la princesa que res-

pondia. «Yo he satisfecho y el rey lo sabe: haga su Magestad lo que bien visto le sea: las quejas justas ó injustas no tienen otra pena de su natural sino quedarse sin satisfaccion.—No irá mi persona para andar en trato de amistades con persona tal, ni lo sufre la ofensa de que se trata.» Conocía harto bien Felipe II el carácter de la orgullosa señora para saber que era vano empeño el violentar su voluntad. Que-riendo sin embargo acabar á toda costa aquellas enemistades que daban pábulo á las hablillas del vulgo, mezclando el nombre del rey, intentó reconciliar á Matheo Vazquez con Antonio Perez, sabiendo que así le perdonaría mas facilmente la princesa. Ademas de las recientes murmuraciones y de la parte que tomaba en su acusacion, tenia contra su compañero otro motivo de resentimiento el Secretario de Estado. Al enviarle en el Escorial el despacho del día, introdujo un anónimo ofensivo á la nobleza de su casa: la letra estaba tan poco disimulada que facilmente fué conocida, hasta por el rey que tomó mucho pesar de ello. Pretendíale matar Antonio Perez; pero Felipe, apelando á su cordura y discrecion le prohibió dar mas escándalos sobre aquellas enemistades. Su intencion, era castigar severamente á Matheo Vazquez, teniendo la mano en los asuntos de la princesa, hasta que la evidencia le convenciese de la villanía y traicion con que habia sido engañado en sus amores.



No tardó mucho. Aunque completamente separado de su antigua favorita é inflexible en la aparente indiferencia que habia sucedido á tanto amor, no habia logrado el monarca triunfar completamente de los sentimientos que le habia inspirado la princesa. Conteníase con la mayor calma en público, pero en secreto se lamentaba y sufría. Algunas noches salía solo por una puerta escusada de palacio á rondar la calle de la Almudena, por sorprender el secreto de las relaciones de su Secretario. En una de éstas escursiones pudo convencerse por sus ojos de la perfidia y doblez de su valido y de su dama. Luchando con mil afectos, ofendido en su amor propio de hombre, en sus sentimientos de amante, en sus favores de rey, tuyo sin embargo suficiente voluntad para contener su enojo: resolvió el castigo, pero sin entregar á las hablillas su reputacion, sin comprometer con un escándalo la tranquilidad de la monarquía.

Encerrado al amanecer en su aposento, mandó llamar á Fray Diego de Chaves que habia intervenido en todas aquellas negociaciones: informóse del estado en que se hallaba el trato de reconciliacion entre Antonio Perez y Matheo Vazquez; y haciendo subir al conde de Barajas, mayordomo mayor de la reina por muerte del marqués de los Velez, comunicóles su resolucion, encargándoles la inviolabilidad del Secreto. El día 28 de julio de 1579, á

las once de la noche, prendió el alcalde Alvaro García de Toledo al secretario de Estado: en el mismo instante quedaba presa la princesa de Eboli. Y á aquella hora, acompañado de su ayuda de cámara Sebastian de Santoyo, estuvo el rey en Santa María en frente de la casa misma, inmóvil en la sombra de un portal disimulado, presenciando el paradero de la ejecucion: vuelto luego á palacio, mantúvose paseando en su gabinete hasta las cinco de la mañana, en que abrió el balcon para calmar con el fresco de la madrugada el ardor de sus sienes y la alteracion de su ánimo.

Sentándose luego á escribir, despachó cartas para algunos grandes de Castilla, singularmente para los Duques del Infantado y de Medina Sidonia, deudo el primero y yerno el segundo de la desventurada princesa. El motivo ostensible de la prision era su oposicion constante á la reconciliacion de ambos secretarios. Esta causa se alegó por la justicia y con nombre de las amistades de Mathéo Vazquez se comenzó el proceso. La familia de Escovedo ni se querellaba ni se movía: las desavenencias que daban pretexto al juicio y color á la prision, á nadie parecían motivo suficiente para tamaña desgracia. El vulgo comentó de mil maneras este acontecimiento, suponiéndole los motivos mas extravagantes: los cortesanos que podían dirigir con mas tino sus sospechas guardaban un silencio cau-



teloso; y el público suspendía prudentemente su juicio hasta ver el desenlace.

Entretanto permaneció preso Antonio Perez en casa del alcalde de corte y recogida desde aquella noche la princesa en la fortaleza de la villa de Pinto.

S. BERMÚDEZ DE CASTRO.

## AMENA LITERATURA.

### EL VETERANO.

En todas las ciudades civilizadas donde abundan los capitales y aquellos placeres refinados que son consiguiéntes á su posesion, las jentes acomodadas abandonan en cierta época del año los aristocráticos salones de los palacios, y las francas y bulliciosas reuniones de los cafés y teatros, para ir á pasar una temporada en una atmósfera mas pura, bajo el influjo de costumbres mas sencillas, y entre los goces que proporciona la estacion de las flores cuando se disfruta en medio de la soledad de los campos.—En Londres, en Paris, en Italia, y en todas las naciones del mundo (si hemos de creer lo que los viajeros nos cuentan) se sigue religiosamente esta costumbre por cierta clase de jente, aunque al hacer estas escursiones campestres, no se abandonen en un todo los hábitos y modos de vivir de las grandes capitales.—La vida que en estas temporadas se hace, es una vida mista, que ni bien es la de las cortes ni tampoco la de las aldeas, participando de una y otra.—Así que en esta ocasion

reina una franqueza cordial entre los que habitan posesiones y caserios vecinos, aunque no se destierra el lujo en los sombreros de paja, manteletas de raso, y vestidos de seda, como ni tampoco en los placeres que conciernen á la mesa, pues esta suele ser dirigida como siempre entre las gentes acomodadas, por hábiles cocineros, apurándose en ellas las bien conocidas botellas del Jerez, del Sanlúcar, Málaga, Madeira, Chipre y otros vinos exquisitos, que alegran el alma, embriagando á veces y turbando la razon.

En España, no estamos atrasados en esta parte, pues en nuestras principales poblaciones está muy en boga esta costumbre, teniendo sobre otros paises la ventaja de haber en ella sitios deliciosísimos donde se goza de la primavera en todo el esplendor de sus galas, y en toda la plenitud de su belleza.—Los ingleses y demas extranjeros, que viajan-do, aciertan á pasar esta temporada en las inmediaciones de Sevilla, en los cármenes de Granada, ó en las playas gaditanas, no echan por cierto de menos los suntuosos jardines de Versalles, los bien arreglados parques de los condados de Escocia, ni las risueñas márgenes del Arno, y del Tesin, tan encantadoras como las orillas del mar de Italia en las inmediaciones de Nápoles.

En 1825, estaba en Cádiz un joven viajero natural de Castilla y que habia recorrido ya toda la España.—Tendria unos 27 años, y su figura lánguida á la par que varonil le daba un aire caballeroso é interesante. Deseoso de conocer bien el pais, y arrastrado de la muchedumbre, determinó ir á pasar unos dias en Chiclana, que por espacio de un par de meses es el Versalles de esta isla durante la primavera de cada año. Despues de haber arreglado una lijera maleta se dirigió al muelle y se embarcó en una pequeña barca de las destinadas para hacer la travesia hasta Puerto Real, y que sirven esclusivamente para el pasaje haciendo su viaje dos ó



mas veces al día. En el momento que puso el pie á bordo conoció que los pasajeros con quienes habia de pasar algunas horas no formaban la sociedad mas escogida; dos ó tres corsarios despues de haber arreglado sus cargas se sentaron tranquilamente á jugar con los marineros que formaban la escasa tripulacion de la barca, y cuyo trabajo era en aquel momento innecesario por cuanto soplaba un vientecillo fresco que rizando suavemente la vela latina que habian estendido, hacia marchar la embarcacion con una regular velocidad.— Los demas pasajeros eran contrabandistas de la tierra, algunas mugeres del pueblo, y dos ó tres personas de la clase media que parecian de una educacion regular. La única que mostraba pertenecer á una clase distinguida era una jóven que escasamente tendria unos 19 años, de una figura interesante, pero tan ajadas y marchitas sus facciones que cualquiera al verla hubierá creído, ó que recientemente se habia salvado de una larga y penosa enfermedad, ó cuando menos que las pasiones mas violentas y los mas profundos pesares habian surcado su alma dejando en su frente marcadas huellas de su existencia.—Su traje aunque sencillo y exento de todo lujo, era en extremo elegante y bien prendido: iba sola y al parecer ocupada con tristisimas reflexiones.—

A poco rato, habian salido de la bahia y formado una curvatura, por lo tanto soplaba el viento de proa y fue necesario plegar la vela, y continuar la marcha virando de costado y á fuerza de remos; circunstancia que desesperó á todos, pues les aseguraba algunas horas mas en la duracion de tan monótono é insípido viaje. Sobre todo la jóven se impacientaba mas que algun otro; lo que daba á conocer por las espresivas miradas que dirigia á la playa que se veia de lejos, pero sin que se disminuyese sensiblemente el espacio que de ella los separaba. Cada cual tomó su

determinacion para pasar lo menos mal posible las horas que debian estar juntos.—Como los marineros estaban en los remos, los contrabandistas se unieron á los corsarios para continuar el juego, las mugeres que eran todas del pueblo formaron corro á parte y comenzaron á murmurar; el jóven forastero, abrió su cartera, sacó un lapiz y volviendo la vista á tierra, comenzó á dibujar la costa de la derecha donde están situados varios castillos fortificados, algunas casitas de pescadores, los caños del Trocadero, S. Fernando, y sus fosos, y baterias, coronadas por la bandera de España que ondea en el aire y que con sus vivos colores contribuye á dar animacion y vida á tan variado paisaje.

Aquellos jóvenes de la clase media y que segun indicaba su traje prometian una regular educacion, se acercaron á la jóven y habiéndola dirigido varias preguntas, se pusieron en aptitud de entretener en su compañía lo que les restaba de viaje.

—Es vd. muy guapa, señorita, dijo uno, para venir tan sola, aunque á la verdad en un barquito como este, que no tiene ni un mal camarote, no se puede hacer otra cosa mala mas que hablar.

—Yo no temeria una calma de quince dias, aunque fuese en esos mares con tal de que estubiésemos solos los dos.

—Yo creo, replicó un tercero, que la señorita ni lo llevaria á mal, ni se asustaria, ni seria tampoco la vez primera que.....

—Caballeros, dijo la jóven, suplico á ustedes que busquen con que entretenerse, que no lo hagan á costa mia.—Y quiso abandonar aquel sitio para colocarse en otro asiento, pero los jóvenes se lo impidieron tirándola del vestido.—Y continuaron sus chanzonetas cada vez mas picantes, persuadidos que se las habian con una mujer de mundo, como denotaba su traje sencillo, su rostro, aunque tan jóven, ajado, y sobre todo la circunstancia de ir sola en un viaje, que



aunque corto, ninguna señora hace sin ir cuando menos acompañada de otra mujer.—En este concepto é inteligencia olvidaron lo que la mas sencilla urbanidad hubiera exigido, y arreciaron sus bromas despiadadamente hasta que la infeliz jóven comenzó á llorar.—Entonces el que dibujaba soltó su lapiz y acercándose á aquel corro les dijo.—Caballeros no sé los antecedentes que vds. tienen para juzgar tan mal á esta señorita; pero sean los que sean, es una mujer débil que ni aun el recurso de huir de vds. tiene en este momento.—Está llorando, y no creo que la compañía de viaje dé derecho para molestar á nadie.

—Ola! dijo uno de los jóvenes, la aventurera señora tiene un paladin.—¿De veras? ¿Con que vd. se ha propuesto ser el D. Quijote de esta cuitada doncella? Vaya, espera vd. que le arme caballero, ó quiza alguna otra recompensa que en llegando á tierra podria vd. lograr por un par de duros sin necesidad de esponderse á romper lanzas con nosotros.

—Caballero, yo no soy el Quijote de nadie, pero soy un hombre bien educado y que me parece poco noble lo que vds. han hecho.—Lo que es ahora llamaré al patrón para que vds. abandonen á esa pobre jóven y en poniendo un pié en tierra responderé á lo que vds. gusten.

—Bien; en ese supuesto, abandonamos el campo, sin necesidad que se constituya vd. en agente de policia de este barco, dijo el jóven.

Y se separaron un poco continuando una conversacion indiferente.—El jóven volvió á pintar y la pobre niña siguió llorando.

El que tan generosamente habia tomado la defensa de aquella pobre jóven era un caballero de Castilla, de una familia distinguida y rica, y que á la sazón estaba viajando sin mas objeto que el de divertirse, á la par que conocer las costumbres y estudiar el caracter y

demas particularidades que ofrecen cada una de las provincias de España. Los otros jóvenes que tan imprudente é inhumanamente habian atemorizado á la abandonada pasajera, eran algunos atolondrados calaveras del pais, de estos hombres frívolos que solo pueden juzgar por las apariencias, y que no conciben el respeto hácia una mujer sino por su posicion en el mundo y demas cualidades sociales.

Despues de algunas horas empleadas en una fastidiosa travesía, llegaron al muelle de Puerto Real, y al tiempo de salir, el jóven forastero dió la mano á la jóven que habia tomado bajo su proteccion, y despues de haberle ofrecido sus servicios y asegurádose de que no necesitaba de ellos, volvió á encontrar á los otros jóvenes á quien habia prometido una satisfaccion al llegar á tierra.—Estos, que tenian ajado su amor propio se la exigieron y á la hora ya se habian batido, aunque por la mediacion de los padrinos, atendida la pequenez de la causa que motivaba aquella querella, el lance se dió por concluido con una ligera herida en un brazo que recibió el jóven forastero.—Este que dirijia su marcha hácia la villa de Chiclana, no creyó deber interrumpirla por tan leve accidente, y habiéndose puesto con su equipaje en una calesa de las que tanto abundan en el pais, dirigió sus pasos hácia el pueblo donde habia determinado pasar unos dias y que distaba de alli solo algunas leguas.—En medio del camino divisó á la jóven que seguia la misma direccion que él, y que caminaba á pie. Al pasar frente de ella, le ofreció un asiento en su calesa, el que ella rehusó con cortesania y modestia.—

¿Va vd. á Chiclana por lo que parece?

—Si señor, es mi pueblo.

—Aun falta una legua para llegar y no queda mas que media hora de dia.—Si no acepta vd. el asiento que le ofrezco y que viene desocupado, está vd. espuesta á encontrar de nuevo otros calaveras que la molesten.



—No hay cuidado, hay por aquí muchas casas de campo y todos por estos sitios me conocen.—Con todo, como hago falta en mi casa y deseo llegar pronto admitiré el asiento que vd. me ofrece, aunque con una sola condicion.

—La que vd. guste señorita, pero entretanto puede vd. ocuparlo.

—Entonces sacó una bolsita del pecho, en la que llevaria como hasta unos 300 reales, y se empeñó en pagar al conductor de la calesa su asiento, pero el jóven le hizo señas de que no admitiese nada, y le dijo; en otra ocasion pueden vds. tratar de eso, aunque lo creo una delicadeza excesiva de parte de vd., puesto que yo he tomado por entero este carruaje, y todo está satisfecho.—Pero si vd. se obstina en dar una gratificacion á ese buen hombre puede vd. hacerlo, cuando lleguemos al pueblo, pues lo que es ahora se va haciendo tarde.

Dicho esto, subió á ocupar su asiento al lado del jóven, el conductor se colocó en la delantera, y pusieron el caballo á largo trote, porque en efecto el sol se iba ya ocultando. Entonces reparó la jóven en el pañuelo que sostenia el brazo vendado de su compañero.

—Hoy por la mañana no llevaba vd. ese pañuelo y aun me parece haberle á vd. visto hacer uso de ese brazo.—¿Seria posible que por mi causa?... ¿Esos jóvenes?...

—Si señora, uno de ellos me ha hecho una ligera herida, que casi me he dejado hacer por no verme obligado á atravesarlo.—Era en verdad tan ignorante en el manejo de las armas, como inconsiderado y atrevido habia sido con vd.—Pero estaba resentido, y tal vez queria labar su descortesania manifestando que no estaba destituido de valor, asi que atacaba como un furioso, y he tenido que retirar completamente mi espada por dos veces para que él mismo no se atravesase.

—Caballero, soy á vd. deudora de un servicio mayor del que yo creia haber

recibido, y nunca olvidaré la generosidad con que vd. se ha portado hoy por la mañana.—Y para su satisfaccion puedo decirle que no se ha equivocado en el concepto que ha formado de mi...

—A la verdad señorita, que no he formado ninguno, porque no acostumbro á juzgar á las personas por antecedentes tan pequeños como los que entre nosotros han precedido, que casi no son otros que los de una simple vista; pero era mi deber el dar proteccion á una jóven que ningun motivo habia dado para ser insultada de una manera tan poco decorosa.

La jóven dió las mas espresivas gracias á su protector, y comenzaron una conversacion indiferente que este promovió, para evitar las protestas de gratitud que ella le hacia y que acompañaba con lágrimas amargas que le arrancaba el recuerdo del ultraje recibido, á que la habian espuesto, segun decia, sus desgracias en este mundo, y la desventajosa posicion á que estas la habian traído.

En esta conversacion que aunque indiferente, no fue insustancial, dió la jóven muestras de una educacion esmerada, asi como de algunos conocimientos nada vulgares, de un talento despejado y una imaginacion viva y florida.—A poco rato las ruedas de la calesa sonaban en el empedrado de un puente, y un minuto despues paró á la puerta de una posada, en donde el jóven forastero debia quedarse por aquella noche.

—Señorita, le dijo este, como vd. es de este pueblo, tal vez pueda darme razon de alguna de las casas que me han dicho hay en él, donde ceden habitaciones á los pasajeros que concurren aqui en la primavera.

—Si mi padre estubiese aqui, no dudaria en ofrecerle á vd. la nuestra.—Pero mañana es regular venga á dar á vd. las gracias por el servicio que tan generosamente ha prestado á su hija.—





Y si entretanto podemos serle á vd. útiles en algo, puede vd. preguntar por Rosa, la hija del capitán Robledo, que en este pueblo es de todos bien conocido.

El joven le dió las gracias, y le puso en la mano una tarjeta con el nombre de Jorje Grijalba, que era el suyo, y habiéndose despedido despues de los cumplimientos de costumbre por una parte y otra, él subió al parador para buscar su cuarto, y ella siguió la calle para encontrar su casa donde su padre la esperaba desde por la tarde con muestras de impaciencia.

Ya estaba recojido Grijalba, cuando le fue anunciada la visita del capitán quien despues de darle las mas expresivas gracias por el servicio que habia prestado á su hija, le instó con el mayor empeño para que se fuese á hospedar en su casa. Consintió Jorje y el padre de Rosa, así se llamaba la joven, se retiró mostrando la mayor satisfaccion por la complacencia y un profundo dolor por no poder castigar á los que habian ultrajado á su hija.

El capitán Robledo era hombre de unos 50 años de edad, alto, flaco y de rostro enjuto aunque surcado con varias señales que indicaban los muchos padecimientos de su vida. Su cabeza medio calva y circuida de unos pocos cabellos blancos, le daba un aspecto de ancianidad venerable, aunque sus ojos vivos y centellantes estaban demostrando que aquel cuerpo acribillado por las heridas y enflaquecido por los trabajos, encerraba un alma capaz todavía en ciertos momentos de desplegar toda la energia, actividad y entereza de la juventud.—Su hija Rosa, huérfana de madre, era el ídolo de su corazón, y el anciano militar, depositando en ella toda la ternura de que su alma era susceptible, no hacia mas que pagar el cariño de Rosa, pues esta se habia consagrado al cuidado de su padre, manteniéndolo á veces con el producto de largas noches de trabajo y de velada, pasadas sobre el bastidor.

Amaneció el nuevo día y el joven Jorje fue saludado desde muy temprano por el capitán, que activo en sus asuntos y vehemente en sus deseos, no descansaba hasta llevarlo á su casa, y pagar del modo posible la deuda que con su hija tenia contraída.

El joven pensó que admitiendo una habitacion en casa del padre de Rosa, tendria por este medio ocasion para hacerle algunos beneficios sin que su delicadeza se resintiese, así que sin violencia trasladó su domicilio á casa del capitán, donde fue atendido y obsequiado con la mas fina voluntad, y con todo cuanto su escasez de facultades permitia.

Chiclana, en aquella época, no era como de comun, una villa solitaria compuesta de rústicos labradores, por el contrario, su corto vecindario se habia aumentado con cien familias de las mas principales de Cádiz, pertenecientes todas ellas á la clase de opulentos comerciantes, de ricos propietarios ó de majistrados de primer orden. Así que todas las tardes, se venian las praderas inmediatas y las márgenes del río tapizadas de lindisimas jóvenes llenas de lujo y de costosos adornos que al ponerse el sol se reunian en alguna casa principal para pasar en bailes y amorosos galanteos la mayor parte de la noche hasta la madrugada del siguiente día.

Jorje Grijalba que tambien pertenecia á la primera nobleza de España, habia llevado cartas de recomendacion, y estaba en relaciones con todas las familias opulentas que habia en Chiclana entonces. Con todo, despues de haberlas visitado y acompañado alguna vez en sus aristocráticas reuniones, fue abandonándolas poco á poco, pues en su misma casa encontraba dulzuras que no hallaba, ni le era dado disfrutar en ninguna otra parte.

Rosa ocupada de continuo en hacer la felicidad de su padre, trabajando noches enteras para ganar su subsis-



tencia, tan modesta y tan bella, era una flor fragante de esas que crecen en los desiertos que una vez halladas por el viagero lo detienen con sus vivos colores, y lo encantan con su fragancia y perfumes, sin que sea posible abandonarlas sin conservar de ellas un melancólico recuerdo.

Jorje no habia amado todavía, pero habia experimentado ya ese sentimiento vago é indefinible que acompaña el primer albor de la adolescencia, en cuya época sentimos una pasión sin objeto real que la sustente, y que por lo común se consagra á un fantasma de belleza que nos forjamos en nuestra mente, y que por lo regular buscamos en vano entre los seres que nos rodean. Jorje habia corrido varias ciudades, y se habia acercado á muchas mugeres que habian fascinado sus sentidos, pero al fondear su corazón nunca habia encontrado un alma que estuviese perfectamente de acuerdo con la suya: así que se habia vuelto á alejar de ellas, bien cierto de no haber hallado un corazón que simpatizase con el suyo, ni menos que fuese digno de la pasión que él era capaz de concebir.

Rosa, pobre y desgraciada, se habia presentado á sus ojos como un ser privilegiado, como un ángel desterrado en la tierra para padecer y sentir las mas puras afecciones del cariño, y los misterios de la mas profunda ternura. ¿Quién en el mundo seria capaz de concebir lo que el corazón apasionado y sensible de Jorje sintiese? ¡Ah! Rosa; Rosa la que amaba y sacrificaba á su padre los dias de su florida juventud entendería y comprendería por experiencia y mejor que nadie los sacrificios que un amante por ella hiciese. Así lo entendió Jorje, así lo sintió su corazón, y las horas que pasaba á el lado de Rosa, eran para él preferibles á los suntuosos bailes, y á las mas animadas diversiones. A los dos meses su pasión no tenia límites, por lo tanto la declaró su amor ofreciéndola su mano al mismo tiempo que

obligándose á asegurar la felicidad de su anciano padre.

Estimo á vd. mucho, le contestó Rosa para consentir en lo que me propone. ¿Por qué lo he de negar? Amo á vd. Jorje, lo amo á vd. con todo mi corazón, y le daría mi mano si pudiese, pero un hombre pérfido, antes que yo conociese á vd. se hizo amar por mí. —Yo, infeliz, creí en su ternura, en sus promesas y en su fé. Era un infame que me ha abandonado despues.

Rosa estaba sollozando.

El no me ama, y debo ocultar mi vergüenza; sobre todo, no debo engañar á un hombre de bien.

Grijalba, conoció el estado de la pobre Rosa, y comprendió tambien todo el heroísmo, toda la resolución y virtud que aquella ingenua confesion encerraba.

Lo comprendo todo, le dijo, y no en vano ha depositado V. en mí su secreto. — Protegeré á vd. como si fuera su hermano. — No tarde vd. en decirme el nombre de su seductor.

D. Luis Beltran, dijo Rosa.

¡Quién! ese jóven disipado que anda de tertulia en tertulia, enredado en veinte galanteos á la vez, y que dicen que va á casarse al fin con la marquesita de C.

Si señor, el mismo hace ocho meses cuando llegó aquí, no se separaba de mi lado, solo pensaba en mí, pero despues no hay en el pueblo una mujer que no haya escuchado sus galanteos.... Si V. supiera cuanto le sufrido. — Yo lo amaba.... era dueño de mi honor... en vano he hecho mil gestiones para que conociese los deberes que se habia impuesto, no ha querido por mucho escucharme, y al fin me ha declarado abiertamente que, no pudo proseguir Rosa, porque se entreabrió la puerta del gabinete entrando con violencia el viejo capitán.

Todo lo he oido hija mia, has faltado á tu deber... pero yo te perdono. Tu no eres mas que la víctima... otro es el infame seductor. — Al ver entrar á D. Jorje en tu cuarto pensé que iba á oír pa-



labras que me hubieran sido muy gratas... pero he escuchado la confesion de tu deshonra.

Rosa se echó á los pies de su padre estrechando sus trémulas rodillas contra el pecho y Grijalba procuró calmar la agitacion de entrambos, encargándose de ver á D. Luis y de conocer, y respetar si necesario fuese los deberes que habia contraído.

(Se concluirá.)

FULGENCIO BENITEZ.

### Letrilla satírica.

«Gustos y disgustos son  
no mas que imaginacion.»—  
Bien; pero hay gustos muy malos;  
gustos que merecen palos,  
y perdone Calderon.

Yo, que al mirarlos me irrito,  
contra ellos alzo el grito  
aunque desmienta soberbio  
aquel antiguo proverbio:

*De gustos no hay nada escrito.*

¿Qué tal la fiesta de anoche?—  
Mucha gente. Hecho un bamboche  
en la antesala quedé,  
¡y el catarro que pillé...  
Lejos, con frio y sin coche....  
Como iba de fraquecito,  
ya ve usted..... Y en el garlito  
caí por desgracia luego.  
¡Qué sota! ¡Maldito juego!—  
*De gustos no hay nada escrito.*

En óperas, talareo;  
en dramas, ni oigo ni veo;...

pero ya he silvado cuatro.—

Pues no vayas al teatro.—

¿Qué haré despues del paseo?

¡Se arma tan tarde el garito!

Distraerme necesito.

Me subo al palco de Julia.

Alli estamos en tertulia...—

*De gustos no hay nada escrito.*

¡Bravo toro!.... ¡Marronazo?

¡Mal ginete! ¡Poco brazo!....

Cayó. Si el toro le guipa,  
no hay remedio; le destripa.

¡Bien, bien... Segundo porrazo.—

Ese otro no vale un pito;  
no *da juego*; es un cabrito.

¡Perros...—¿Le recrea á usted  
tal espectáculo?—¿Y qué?

*De gustos no hay nada escrito.*

Doña Mencia Corneja,

¿vos tan hiposa y tan vieja  
os casais, ¡Válgame Dios!,  
con mozo de veintidos?

¡Pardiez, donosa pareja!

Sí; pero él es pobrecito,

Con mi renta le habilito...—

Con otra la gastará.—

Pero mi gusto...—¡Pues ya!...

*De gustos no hay nada escrito.*

Me encuentro tan miserable...

—Trabajar.—De eso no se hable.—

¿Pues qué hace vd.?—Por un módico  
estipendio, de un periódico  
soy editor responsable.

Yo firmo como un bendito;  
resulta luego un delito,....

¡y el ruin salario que gozo  
consumo en un calabozo!—



*De gustos no hay nada escrito.*

¡Donde hay Jerez y Garnacha  
la cerveza se despacha!  
¡Fatal brebaje! ¡Qué horror!  
Huele mal; sabe peor;  
no te alegra, y te emborracha;  
te hiere el tapon maldito  
y el pantalon nuevecito  
te echa la espuma á perder  
y.... Pero ¿cómo á de ser!  
*De gustos no hay nada escrito.*

Maldita sea de Dios  
la cerveza, y vaya en pos  
el asqueroso cigarro,  
con su ceniza y su sarro,  
y el gargageo, y la tos,  
y aquel humo del Cocito,  
y aquel chupar infinito,  
y el fósforo que no prende...—  
¡Bobada! Usted no lo entiende.  
*De gustos no hay nada escrito.*

¡Joyas de tanto valor,...  
y no tomas la labor!  
¡Tal lujo sin patrimonio!  
¡Sobre tí vierte el demonio,  
de cien pueblos el sudor!—  
Lo merece mi palmito.—  
Y el honor? ¿Del Sambenito,  
¡infeliz! por qué haces gala?—  
Quiero. Vaya enboramala,  
*De gustos no hay nada escrito.*

Soy hombre de poca bilis.  
Dulces versos hago á Filis  
enamorado zagal,  
ó en meloso madrigal  
suspiro por Amarilis.—

¡Maldicion!! De sangre ahito  
yo entre lechuzas habito.  
¿Qué vale ya Victor Hugo?  
Mi númen es... ¡el verdugo!!!!—  
*De gustos no hay nada escrito.*

Me muero por mi muchacho.  
¡Qué sal! ¡Qué sombrero gacho!  
¡Huy!—Dicen que no trabaja,  
que es aleve su navaja  
y que siempre está borracho.—  
Bien.—¡Y te pega!—Un poquito;  
pero eso abre el apetito,  
y ya estoy tan hecha al palo,  
que para mí es un regalo.—  
*De gustos no hay nada escrito.*

Náufrago sobre la arena  
sufrí larga cuarentena  
sobre perder mi peculio,  
y pasé el tífus en julio.  
Por Dios que escapé de buena!—  
¡Ahí es nada el viajecito!  
¡Desde Cuba...—Solicito...—  
¡Ah! Ya...—La cruz de Montesa.—  
¡Hombre, y por una futesa...—  
*De gustos no hay nada escrito.*

Y usted, que dá en la locura  
de criticar, ¿por ventura,  
dirá un lector descontento,  
se contempla usted exento  
de merecida censura?—  
Tambien para mí la admito.  
Si álguien culpa mi prurito  
de satíricas letrillas,  
diré al que le hagan cosquillas:  
*De gustos no hay nada escrito.*

M. BRETON DE LOS HERREROS.



## LICEO.

La junta delegada ha acordado que el beneficio á favor del Liceo que estaba fijado para el mes de abril, tenga lugar á fines del corriente. Las secciones quinta y sexta han empezado en consecuencia á trabajar ya al efecto.

La misma junta ha dispuesto que no se repita ninguna de las funciones de beneficio sino por retribucion extraordinaria, que se fije el precio de billetes en 20 reales vellon y que no se espendan sino por conducto de los socios teniendo derecho á ellos con preferencia todas las personas inscritas en los registros de la sociedad.

El domingo último principió la lectura que continuará hoy de las composiciones presentadas obtando al premio floral; tambien estarán de manifiesto las obras de escultura y pintura.

La sesion del jueves tocó á la seccion de música que desempeñó perfectamente su cometido: no fueron muchas las piezas, pero todas escojidas, obtuvieron repetidos aplausos; en particular el duo sobre la cavatina de la *Norma*, del maestro Bellini ejecutado por la señora de Vega y el señor Ojeda; el aria cantada por el mismo y el duo de la ópera *I Normanni a Parigi* por la señora de Vega y la señorita Catalan, que ademas cantó un aria de la misma ópera.

La direccion estuvo á cargo del señor Basili y tomaron parte ademas de los socios mencionados, la señorita doña Emilia Maldenhaben y el Sr. Velaz y Alava que ejecutaron unas variaciones al piano sobre el tema de *Guiller-*

*mo Tell* y el Sr. Peant que ejecutó tambien una fantasia de cornetin á piston sobre varios temas de la *Straniera*.

## TEATROS.

La única novedad de la semana ha sido el drama orijinal titulado *D. Rodrigo Calderon* que se estrenó el viernes en el del Principe, y del que nos ocuparemos con estension en el próximo número.

Diremos sin embargo que el drama gustó, y que acaso se hubiera aplaudido mas de lo que se aplaudió al final si en el acto quinto no decayese el interés desde el momento en que Rodrigo sale para el cadalso. Las escenas sexta y sétima de este acto son de poco efecto y han producido un resultado contrario al que sin duda se propuso el autor.

Se está ensayando para ejecutarse en la presente semana, en el teatro del Principe, la comedia titulada *No siempre el amor es ciego*.

En la Cruz se preparan para ponerse en escena el drama nuevo en cuatro actos titulado *Juan de Suavia* y la comedia escrita en francés por Scribe y traducida al castellano con el título de *El vaso de agua, ó las causas y los efectos*.

La compañía de ópera está ensayando la del maestro Rizzì, titulada *Chiara di Rosemberg*.

El actor Don Pedro Mate, restablecida algun tanto su salud, se ha ajustado en el teatro de la Cruz.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.